

150

SIETE AÑOS DE PROCESO REVOLUCIONARIO PARA ESTO

País — *Ab 18/00*
La crisis de nuestra política partidarista
mucho más grave de lo que parece

Por el Dr. MANUEL VILLAVERDE

Siete años de proceso revolucionario para esto.

"Esto" es el triste espectáculo de la pugna por los puestos, dentro de la fragmentación de partidos, y dentro de todos los partidos, sin excepción, en que no por irrisación de ideales sino para multiplicar la posibilidad de esas aspiraciones personales por diez, se ha llevado al país.

Fragmentación o pulverización. Pero los partidos, ¿no ven que gráficamente y en realidad se están pulverizando de veras, esto es, "haciéndose polvo"?

La revolución se había hecho, eso se dijo a la opinión, como protesta contra las prácticas políticas corrompidas; contra la venalidad, contra el peculado (designaciones menos vulgares aunque no menos duras del robo desde los puestos públicos); contra los enriquecimientos injustificables en los mismos, entrándose a ellos pobre y saliendo el usufructuario con cientos de miles o con millones de pesos; contra los compadrazgos y los favoritismos y las imposiciones de nombres; contra esos propios nombres meculados, desacreditados, tradicionalmente odiados; contra la politiquería, en general y sobre todo, tomada como oficio lucrativo y no como abnegación y sacrificio, por lo menos como propósito limpio de servir los intereses nacionales antes que los personales...

Y la opinión está presenciando, atónita, este espectáculo de estas nuevas luchas puramente personales, como en "rebatía" desesperada de esos puestos, a costa de compromisos rotos, de consecuencias negadas, comprometiendo, dañando de antemano, antes aún de que quienes lo dan puedan actuar siquiera en los puestos a que aspiran, el interés más fundamental, porque es el crédito, de la nación.

Para eso, repetimos, se han constituido tantos partidos que si en los Estados Unidos hubiese de haberlos proporcionalmente, habría trescientos.

Y bien, ¿qué partido nuevo, en lo sucesivo, va a poder aspirar a merecer otra vez la confianza de esa opinión, cuando vuelva a hablarle de reivindicaciones sociales; de la necesidad, otra vez, de salvar la República, de igual manera?

La renuncia del doctor Grau San Martín, rectifíquela o no, decíamos en nuestro artículo de ayer, significa una terminante condenación de esta política partidista cubana.

Aclaremos, fijemos un poco más la idea.

Esa condenación significa esto que nosotros estamos también diciendo: que esos partidos, como tales partidos políticos, al uso conocido, reiterando esas prácticas, se están suicidando moralmente. ¡Lo material es lo que importa!, dirán los candidatos en pugna. Pero lo material pelagra también, cuando tiene que apoyarse en lo moral, aunque sea cojeando, aunque sea falseándolo, aunque sea simulándolo, si lo moral llega por completo a desmoronarse, a desacreditarse.

Nosotros hemos escuchado de labios del doctor Grau San Martín, con profunda satisfacción por nuestra parte, este concepto de verdadera alta política, en el más noble sentido del vocablo: "los cargos públicos son honores que no se debe solicitar, como no se puede rechazarlos". No solicitarlos para uno ni para otros, para los paniaquados o favoritos, claro está. Una candidatura, decíamos ayer también, así compuesta, de personas que no hubiesen solicitado los cargos y con el civismo preciso para comprender que no podían rechazarlos tampoco, ¡qué enorme fuerza sobre la opinión no tendría; qué seguridad, ahora, de su triunfo, incontrastable!

No existe, por desgracia.

Es la triste verdad que nadie se ha cuidado de crearla, de favorecerla, de procurar, siquiera en parte, esa selección, sino al contrario, se ha intentado, y practicado, la imposición personal en ocasiones, en casos concretos por los jefes mismos, del más ciego favoritismo, como se ha dejado que prosperen los egoísmos más ilícitos y recusables.

El doctor Grau ha renunciado precisamente por no poder poner esos egoísmos de acuerdo. Sería igual que lo lograra; el descrédito de la política partidista con su actitud condenada, no sería menor; es simplemente irremediable ya, sin una transformación radical para esta ocasión ya inhácedera, y estamos ciertos de que él, de tan sutil visión política precisamente—popularidades de la extensión y la profundidad de la suya no se producen por casualidad—, lo comprende así; es eso lo que con su actitud ha querido decir: "por este camino no hay más qué hacer".

Y esto, ¿los partidos políticos no comprenden que es estar preparándose ellos mismos la opinión para que acepte la necesidad de otros procedimientos, de otras normas, fuera de ellos?

Porque se le habla a esa opinión sin cesar de democracia, pero al practicarse esa democracia de este modo que este nuestro proceso electoral deplorable representa, ¿no se le está haciendo preguntar con repugnancia: pero la democracia es esto?

Entre personas con quienes en privado hemos tenido ocasión de hablar de política precisamente en algunas ocasiones, tenemos cierta fama de agoreros, de profetas: "¡No diga usted eso!—me han atajado algunas veces, en que iba a predecirles algo no agradable—porque usted es brujo". Como siempre me gusta precisar mis afirmaciones, sobre todo en este aspecto personal, con personales referencias, he aquí una anécdota confirmativa no digo que de su exactitud, pero sí de que la cualidad se me atribuye. El líder obrero Juan Arévalo visitaba en condición de cliente a mi hijo, médico, y hablamos, al encontrarnos, de perspectivas políticas. Fué hace muchos meses. Hace días Arévalo me recordaba mi vaticinio de entonces de que los comunistas y el general Menocal se unirían, por la fuerza inevitable de las circunstancias, ya a la sazón, sin embargo, claramente lógica y percibible, para defender la candidatura del coronel Batista. Y me explicaba: "cuando yo les dije a mis compañeros su opinión, me dijeron que era una locura; yo insistí diciéndoles cómo usted, que acababa de regresar de España, había predicho, según mis informes, a los últimos gobernantes de aquella República, Gil Robles, Azaña y otros, la tragedia que sobre la nación iban a desatar con sus antagonismos, y ellos me replicaron textualmente que previendo la política española usted había sido Dios, pero que en este caso demostraba que de política cubana no sabía una palabra".

¿Será aventurada una nueva predicción? Vamos a verlo. Es esta: o estos procedimientos deplorables, bochornosos, escandalosos para la conciencia social, de la política partidista que el doctor Grau sagazmente condena, (aunque quizá demasiado tarde para salvar la propia responsabilidad de la jefatura) se rectifican sobre la marcha y de esa manera radical que consideramos precisa, o esa conciencia social se encontrará muy pronto dispuesta a admitir que su interés estará adscrito a un cambio de ese sistema político por otro de responsabilidad menos difusa, más limitada y concreta y, por lo tanto, más fácilmente exigible y por su misma precisión más comprometedora, y prometedora, esto es, de mayor garantía.